

El estribillo era incesante, era casi la fórmula oficial de toda comunicación con lo que se llamaba pomposamente EL PUEBLO MEJICANO; ese estribillo se componía de tres frases, sin contar la piadosa deprecación á la Providencia reguladora de las sociedades: la primera se dirigía á preconizar la necesidad de reorganizar la hacienda (todos se olvidaban del «dadme buena política y os daré buenas finanzas» del barón Louis); la segunda proclamaba la reorganización del ejército; la tercera, la guerra á los tejanos.

¡Disciplinar el ejército! ¡Qué empresa! De romanos propiamente. Era indisciplinable. El comandante general que quería ser Presidente sobornaba al general que quería ser un Valencia, un Tornel, un Paredes, un Salas; el general seducía al coronel, que conquistaba á la oficialidad del batallón, y el oficial se ponía de acuerdo con los sargentos, que, esos, si no contaban con el batallón, lo mandaban. Y esto era el pan de cada día. El comandante general aspiraba á los sueldos, el general á fundar un cacicazgo, el coronel que jugaba los haberes del soldado á borrar sus dilapidaciones con la esponja sanguinolenta del pronunciamiento; los oficiales querían ser coroneles; los sargentos eran los amos verdaderos en el batallón. El batallón cada vez que podía desertaba por grupos, ó asaltaba y robaba y asesinaba y violaba en las poblaciones, en las que lo mismo hacían el apache en las fronteras del Norte y el salteador en las poblaciones indefensas que acababan por aceptar el terrible patrocinio de los bandidos, que, al cabo, lo mismo eran los representantes del orden.

Formar ejércitos de civiles, destruir con ellos el ejército histórico, rehacer sus condiciones morales, pagarlo, sofrenarlo, levantar un ideal ante él, forjarlo en una gran guerra de principios, no de Santannas, no de Paredes, eso era lo que había que hacer, eso se hizo, eso hizo casi Juárez. Lejano estaba el día.

Se llegó á la noción clara de esta situación. Después del singularísimo levantamiento del 6 de Diciembre de 1844 (porque fué un verdadero esfuerzo de la parte sensata de las masas para sobreponerse á la fuerza armada y restablecer el gobierno representativo), Don Luis de la Rosa, un liberal de gran moderación, de gran ilustración y de gran conciencia, decía respondiendo al Presidente Herrera: «Tan profunda llegó á ser la división introducida por la tiranía entre el ejército y el pueblo, que la existencia de uno y otro llegó á hacerse incompatible con la libertad del país y la estabilidad de las instituciones».

IV

Para los pensadores, en los años que sucedieron á la Independencia, nuestro porvenir, á pesar de las perturbaciones consecutivas á la inexperiencia política, á la INFANCIA DE LA NACIÓN, como se declamaba, aparecía color de rosa. Pero (hablo de los pensadores) no incondicionalmente color de rosa. Un libro que pinta á maravilla este estado de ánimo es el «Méjico Independiente» de Don Tadeo Or-

tiz; este libro era el VADE MECUM de Juárez; muy racional, muy liberal (no hacemos hoy libros de esa importancia), muy fiado en la naturaleza pródiga y en las energías vitales de su Patria, la obra de Ortiz era optimista, pero sin poner en duda la necesidad de un esfuerzo gigantesco para poder explotar y aprovechar LOS DONES DE LA NATURALEZA; sus consejos, sus proyectos, sus planes de organización de la República en todos los ramos administrativos; su programa de desazolve de las fuentes de la riqueza pública, apelando á comparaciones con otros países, es verdaderamente cuerdo y profundamente liberal y previsor. Y, por lo demás, todos los documentos oficiales cantan á porfía el himno de la confianza, de la esperanza y de la bienandanza. Un idilio era este, el idilio de las bodas de Méjico con el porvenir.

Pronto cambió la perspectiva; pronto cambió el tono de los panegíricos; pronto se palpó la realidad, y cuando la guerra civil señoreó definitivamente las comarcas mejicanas, cada vez que alzaba la voz el gobierno era para cantar un salmo de muerte, un MISERERE: «Tenga piedad de nosotros el Dios de la infinita misericordia». La paz no puede restablecerse, la hacienda no puede organizarse, la administración no puede funcionar; ésta es la substancia de los documentos oficiales y periodísticos de todo el segundo tercio del siglo XIX en Méjico.

Lo que asombra es que aquellos hombres no hayan perdido toda fe, toda esperanza, toda voluntad; aquello no era un combate con los sucesos humanos, era una brega con lo imposible, era el desfiladero del Hacha que diseña Polibio, que Flaubert inmortalmente pintó. Todos en el fondo de un abismo, sin hacienda posible, sin progreso posible, sin libertad, sin vida; cuando intentábamos escapar por la brecha de la guerra extranjera, llevábamos como estandarte de unión de nuestras huestes hambrientas y desnudas, no la enseña de la Patria, sino un silencio inmenso y trágico que decía: «Justicia». Mas justicia pedida á los hombres era inútil; las naciones creían que la obra norte-americana era obra de civilización. ¿Justicia pedida al cielo? El silencio del cielo fué inmenso y trágico como el nuestro; no hubo remedio, los elefantes de Hamílcar nos aplastaron, nos trituraron; mutilados y ensangrentados, sobrevivimos.

¿Para qué? Quienes nos codiciaban con monstruoso apetito crecían y crecían; sus mandíbulas de acero eran formidables; nada inquebrantable había para ellas. Y nosotros nos debilitábamos cada día más; ó la inexplicable tiranía de uno, ó la guerra civil en permanencia; entre los cuernos de este siniestro dilema agonizábamos despacio, no muy despacio.

V

La gran excusa de la sangre derramada en nuestras guerras civiles para la minoría que buscó y quiso y realizó la Reforma, consiste en que vió claro que no habría progreso ya definitivo, ni orden ya orgánico, sino cuando la suprema cues-

ción económica estuviese resuelta. Planes revolucionarios saturados de promesas de felicidad, de protestas de honradez, de seguridades de orden; constituciones exornadas de fórmulas que consagraban los derechos del pueblo, las garantías de los ciudadanos y los deberes de los gobernantes en relación con la libertad de los gobernados, eran clamores vanos. Lo que se imponía con la elocuencia amarga de la realidad era la situación de nuestras finanzas, precaria, cada día más precaria; era la bancarrota erigida en sistema, la insoportable tiranía del fisco como recurso normal, no para nivelar presupuestos que, frecuentemente, y aunque los congresos funcionasen, no existían, sino para subvenir á los gastos sin los que hasta la miseria habría sido imposible. Las convulsiones políticas se desenlazaban siempre con préstamos forzosos, hasta que llegaba la LIQUIDACIÓN obligada del pronunciamiento, de la REVOLUCIÓN triunfante y el DA CAPO de aquella lúgubre y mezuquina tragedia. Y, cierto, los documentos oficiales decían todo esto y con expresiones á veces que, todavía, producen una sensación dolorosa, y hablaban vagamente de los remedios; los remedios eran frases, teorías, nada; no había remedio.

...

¿Qué remedio podía haber? El mejicano estaba habituado desde el tiempo colonial á trabajar como siervo para el señor en los campos y en las minas ó en la domesticidad urbana, ó en otra especie de domesticidad constituida por el clero inferior que inundaba las parroquias pobres, los seminarios, los conventos, y por los seglares que poblaban los bajos escalones de la burocracia infinitamente rutinaria del gobierno virreinal. No era todo ciertamente; había los ricos que explotaban todo esto y que á su vez eran explotados por el gobierno; había las clases educadas, los profesionales, los abogados, sobre todo, que á todo aspiraban. La industria, la agricultura, el comercio tenían casi siempre las riendas en manos de españoles.

Después de la Independencia, cortada nuestra única comunicación comercial con el mundo, sin tiempo para abrir vías nuevas, escondidos los capitales ó deshechos, no había más que un negocio aleatorio y que atraía como el juego, la verdadera pasión del criollo: ese negocio era LA MINERÍA, la gran lotería del subsuelo rico en bonanzas imprevistas, en premios que eran fortunas, en desengaños que eran desastres. Y el PRESUPUESTO.

Al presupuesto acudieron todos; fué ésa la industria por excelencia de los mejicanos, la sola, puede decirse, que estaba al alcance de cuantos componían el país vivo; el Estado era el empresario; el contribuyente, la materia explotable; la contribución era el rendimiento; el sueldo, el dividendo. Y para tomar parte en esta empresa no se necesitaba ni aptitud ni competencia; bastaban LAS RECOMENDACIONES.

Reorganizóse, no con forma diversa, aunque con distintos elementos, la burocracia colonial; creció infinitamente; la Federación la hizo popular. Y donde

quiera se creaban focos burocráticos al arrimo de todos los gobiernos, á la sombra de todos los cacicazgos; había aparecido más fuerte y vigoroso que antes para chupar la savia del nuevo retoño del viejo árbol el empleado hongo que, venenoso ó no, lo invadió todo. Pronto el mejicano dejó caer de las manos negligentes la dirección de la industria, del comercio, de la agricultura, de la minería; si algo conservó, lo conservó para disminuirlo ó mantenerlo dormido y casi muerto. La expulsión de los españoles parecía que iba á dejar campo y capitales para los mejicanos; nada de eso. Los valores muebles huyeron y los inmuebles no realizados quedaron yacentes ó tragados por LA MANO MUERTA. No había más que el Presupuesto, que quería decir empleo, pensión ó gratificación para unos; agio, lucro usurario, explotación implacable para los menos. Y entre el hambre de los unos y la codicia de los otros, el erario quedaba distribuido y el déficit crecía y se multiplicaba. Los acreedores extranjeros no permitían este DESORDEN NORMAL de cosas; la deuda inglesa, nacida de un programa político que censura Mora, pero que era muy justo y necesario (el de ligar á los ingleses con nosotros, con nuestra independencia y nuestro progreso por medio del interés); la deuda inglesa crecía sin cesar, por la capitalización de intereses, por la imposibilidad de amortizar el capital. Y este inmenso monolito de amenaza erigido en nuestro horizonte marino proyectaba una gran sombra sobre el cuadrante en que se marcaban las horas tristes de nuestra vida nacional, tristes desde un lustro después de la Independencia. Y, sin embargo, no iban á ser los ingleses, nuestros legítimos acreedores, los que pondrían la mano armada sobre nosotros; fueron quienes apenas lo eran, fueron los franceses, quienes perpetraron la violencia; fueron los que sólo dudosa ó dolosamente lo eran, los españoles, quienes habían de erigir el amago en sistema diplomático para tratar con nosotros. ¡Y los americanos! Esos venían, se escuchaban sus pisadas en Tejas.

El presupuesto fué, pues, el RANCHO del famélico ejército civil. Pero había otra terrible institución de presa que lo quería para sí, que lo iba á disputar á la burocracia en todos los rincones de nuestra historia, que puede llamarse un armisticio permanente entre el empleado y el soldado; esa institución era el otro ejército, el armado, cuya substancia era una porción de la clase que ha servido de carne de cañón en nuestras revueltas, forzada á la guerra por el abuso y armada del abuso á su vez. Era el abuso, la expoliación, la fuerza reglamentados... Sin embargo, se le ha calumniado bastante; partiendo del hecho que acabamos de apuntar (un ejército formado por la leva, armado de la facultad ilimitada de oprimir y dirigido por hombres de favor casi siempre y casi nunca de conciencia), partiendo de allí, se ha inferido un anatema absoluto, pontifical, digámoslo así, por un procedimiento que consiste en hacer cabalgar unas metáforas sobre otras en interminables series hasta llegar, á fuerza de hinchar la verdad, á su deformación trágica.

Justo es repensar que si el ejército fué un instrumento, era una necesidad suprema aquí, ya lo dijimos, y que, instrumento casi inconsciente, lo ha sido en todas partes. El ejército inmediatamente que tenía un cuerpo de oficiales escogidos y probos (los hubo) en alguna de sus secciones, quedaba, por la disciplina y la

docilidad y el valor del soldado, súbitamente moralizado; de esto hubo no pocos ejemplos. Cuando sus jefes promovían las asonadas y revueltas, el ejército seguía á sus jefes; cuando era preciso aplastar á los revoltosos, el ejército los aplastaba. Tantas veces perturbó el orden público como lo restableció. Los jefes, dominados por la idea de que todo mejoraría con un cambio, y MEJORARÍA significaba tanto como HABRÁ QUE COMER, EL PRESUPUESTO DARÁ DE SÍ, no se fijaban, ó casi no, en que el pretexto del pronunciamiento fuese LA LIBERTAD Ó LOS FUEROS; el asunto era cambiar para comer mejor; á veces, para comer nada más. Entonces se cambiaba LA CONSTITUCIÓN: la del 24 en 1835 por la centralista de «Las Siete Leyes»; en 1842 para sustituirla con «Las Bases Orgánicas»; ésta en 46 para restablecer la Constitución federal, y ésta en 52 para dar el triunfo á una anarquía preñada de dictadura. Después, un gran levantamiento del país trajo la Constitución actual; de ella, protesta ardiente contra el ejército privilegiado, nació el ejército nuevo. ¶ El ejército no sólo hacía y deshacía constituciones, sino presidentes, y para lograr esto promovía esotro. Todo ejército permanente estará en manos de su jefe, mientras el prestigio de un gran sentimiento no neutralice el prestigio de un gran renombre. El oficial Davout, el futuro duque de Auerstaedt, encarándose con su compañía á Dumouriez que la invitaba á marchar contra París y diciéndole «Mi general, es Ud. un traidor», es ejemplo de estas transformaciones súbitas. Pero son raras. La verdad es que todo cesarismo se apoya en la incondicionalidad de la devoción al jefe. Durante seis ó siete lustros, Santa Anna fué dueño del ejército nacional; los partidos, la nación le fueron infieles y más lo fué él; pero no el ejército; tenía que amar á su caudillo; en zig-zag, digámoslo así, mas siempre iba hacia él, siempre caía en sus brazos, en sus lujos ostentosos, en sus batallones de parada, en sus proclamas de un romanticismo churrigüesco que cantaban al oído del soldado su absurda y deliciosa fanfarria y, valga la frase, en sus plumeros, sus alamares de oro, sus condecoraciones de Guadalupe y sus grandes revistas y sus campañas casi siempre terminadas en vergüenzas y derrotas, pero de las que renacía como el Fénix, porque tenía un magnetismo personal, el don de mandar, de hacerse de amigos con una frase, de crearse devociones hasta la muerte con la mitad de un favor, con el bosquejo de una preferencia.

¶ Esta situación era, pues, un inexorable FATUM para nuestra cultura; no había gobierno civil posible, porque el ejército quería para sus labios, siempre sedientos, toda la leche de las ubres fiscales. Y de hecho no hubo más que soldados en la presidencia, hasta Juárez. Vice-presidentes como Gómez Farías, que apenas tuvo tiempo de romper uno que otro dique para abrir camino al torrente fecundante de la Reforma; como Peña y Peña y Ceballos, que pasaron rápidamente por el poder, ó algunos otros accidentales, Corro, Alamán, Vélez... No hemos tenido, antes de Juárez, presidentes civiles; medio civiles, algunos militares probos: Victoria, Bustamante, Herrera (un Cincinato), Arista, Comonfort... El ejército no los

toleró; sólo quería Santannas; creía que este hombre podía hacer con el presupuesto el milagro de los cinco panes. Para eso necesitaba quitar el pan á todos; lo hacía, y un movimiento pasivo, pero incontrastable, de la opinión, arrojaba al mar á aquel César de nuestras incurables decadencias.

¶ Los buenos, los prudentes no eran los moderados, no eran los que esperaban que, palmo á palmo y lustro á lustro ó siglo á siglo, las cosas llegaran á punto de reforma, no; los moderados, al formular las leyes cuando los principios se habían conquistado, eran necesarios y eran muy generalmente acertados, y como agentes de gobierno eran inestimables; pero para salvar grandes distancias entre un estado social y un estado ideal, tenían atada al pie la bala de fierro del miedo y la desconfianza. Eran los radicales, LOS JACOBINOS, que ahora llamamos, plaga de los tiempos normales y en las épocas críticas indispensables elementos de impulso, los que hacían, bien ó mal, tamaños milagros.

¶ Ellos vieron, lo mismo que todos los liberales, que la transformación económica y social era el remedio único de un mal que parecía sin remedio y que nos entregaba maniatados (como nos entregó) á la codicia de nuestros vecinos y á las humillaciones diplomáticas que cocían nuestro amargo pan de cada día. Y formularon su receta; era la única: supresión de las clases privilegiadas por la ley (clero y ejército); desamortización de la propiedad territorial; educación laica del pueblo mejicano. Y la receta era buena, y no hubo, ni podía haber, otra mejor, como que era la única.

¶ Estos varones beneméritos (no los conocemos ni los veneramos como lo merecen) no se forjaron ilusiones un solo instante; sabían que aquella precipitación del movimiento evolutivo de nuestra sociedad iba á encontrar resistencias formidables, que estas resistencias determinarían una gran guerra civil cruenta y prolongada y que los resultados de estas contiendas, que transformarían en valores sociales á la justicia, al suelo y al ciudadano, sólo se cosecharían cuando vencido el partido reactor sintiese que su interés supremo era la paz y se transformase á su vez en elemento de actividad nacional, para lo que medio siglo ó más les parecía un plazo prudentemente calculado.

¶ Éstos fueron los que osaron, los que emprendieron en el libro, en el discurso y en el gobierno la obra que estaban seguros de no ver triunfante, pero que estaban seguros que triunfaría. Juárez dió sus primeros pasos á la sombra de esa gran generación. Pero perteneció á la siguiente, á la que triunfó. Y vió levantarse desde el borde de su tumba, entre el vapor sangriento del último lustro de la lucha fratricida, la generación que afianzaría ese triunfo para siempre.

¶ Y como lo preparó con su perseverancia incommovible y su inquebrantable fe, existe en ella, existe ahora. Al volver los ojos á lo pasado la nación nueva, lo encuentra redivivo y lo deja pasar piadosamente como un espectro augusto, sino como el símbolo y el alma de una obra imperecedera.